

Lucha política y configuraciones de poder: una mirada desde el giro espacial*

Adrián Velázquez Ramírez**

Resumen

El presente ensayo explora el léxico del llamado *giro espacial* en la Teoría política contemporánea y focaliza sobre una definición topológica del poder. El texto plantea una serie de preguntas que articulan la revisión del corpus teórico de dicha perspectiva: ¿Cómo abordar el tema de la unidad en condiciones de complejidad/multiplicidad? ¿Cómo se ejerce el poder en una sociedad que carece de un centro estructurador? ¿Qué conceptos pueden ayudarnos a hacer teóricamente visible el impacto de la singularidad política? El objetivo de esta exploración no es responder a plenitud estas preguntas sino mostrar en qué medida esta plataforma conceptual permite formularlas, dándoles un sentido particular y una posible dirección de respuesta.

Palabras clave: Giro espacial - Espacio político - Lucha política - Poder relacional.

Abstract

This essay explores the lexicon of the so-called spatial turn in contemporary political theory and focuses on a topological definition of power. The text poses a series of questions that articulate the revision of the theoretical corpus of such a perspective: how to address the issue of the unit under conditions of complexity/multiplicity? How is power exercised in a society that lacks a unique structural center? Which concepts can help us to make the impact of the political singularity theoretically visible? The purpose of this scan is not fully answer these questions but show how far this conceptual platform allows you to formulate them, giving them a particular sense and a possible reply address.

Keywords: Spatial turn - Political space - Political struggle - Relational power.

Introducción: en busca de preguntas

*-La multiplicidad no es axiomática ni tipológica, sino topológica
Deleuze (Foucault, 1987)*

A partir de la segunda mitad del siglo XX, la dinámica política entró en un proceso acelerado de aumento de complejidad y heterogeneidad: el surgimiento de múltiples espacios donde lo político tiene lugar, la diversidad de actores y demandas que politizan un amplio repertorio de clivajes de poder, así como los cambios en la

* El presente ensayo forma parte de un proyecto en construcción cuyo objetivo es desarrollar un modelo conceptual que, al interpretar a la sociedad como un espacio de lucha, nos permita indagar sobre el impacto que las luchas políticas singulares tienen sobre la configuración de poder en la que están insertos.

** Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Iberoamericana (México), Maestro en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México y alumno del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Contacto: adrian.velaram@gmail.com

intensidad de las comunicaciones y las interacciones a nivel mundial, han terminado por provocar que las cartografías que orientan la acción política tengan que reinventarse a bien de ofrecer coordenadas adecuadas a la situación que guarda lo político en las sociedades contemporáneas.

Esta nueva cartografía se va construyendo a través de la propia práctica política. Durante las últimas décadas, las experiencias de lucha han hecho emerger diferentes objetos de disputa que van ubicando en el mapa las relaciones de poder que son cuestionadas. Sin embargo, la complejidad a la que nos referimos es un desafío práctico que a menudo ha significado que estas cartografías sean fragmentarias y parciales en tanto sólo delimitan un subconjunto de relaciones, objetos y conexiones en función de sus objetivos y proyectos políticos específicos. Ante esto, la Teoría Política puede (y debe) colaborar ofreciendo las categorías y conceptos que permitan indagar cómo interactúan las diversas experiencias políticas singulares con el contexto histórico en el que están inscritas. La aparente dispersión y fragmentación de lo político no debe excluir la posibilidad de pensar que esta heterogeneidad está entrelazada de manera compleja en una misma estructura de poder. Tarea que, sin duda, nos debe llevar a una profunda reflexión sobre la forma en que se ejerce el poder en las sociedades actuales.

Para realizar esta tarea, hay que tomar en cuenta el efecto que este proceso de complejización ha tenido en la producción teórica. Esta multiplicidad de espacios que a través de procesos conflictuales se van mostrando como atravesados por relaciones de poder de muy diversa índole y con una lógica relativamente autónoma, hizo cada vez más complicado mantener la idea de que el poder se localiza en ciertos espacios particulares cuya posición privilegiada les otorga cierta eficacia estructuradora diferente al resto del conjunto. Así, ni el Estado como monopolio de lo político, ni la economía como determinación de la superestructura, permiten ya aprehender la exacerbada complejidad de lo político. Eso ha provocado un largo proceso de revisión de las categorías y conceptos que dan cuenta del fenómeno del poder en las sociedades modernas.

Esta situación ha tenido como consecuencia que en los últimos años se haya favorecido la reflexión sobre la singularidad política. Una manera de sortear el desafío que implica pensar la unidad de un conjunto complejo y múltiple, es buscando refugio en las formas particulares que adquiere la dinámica política. Así, una gran producción

académica ha dado cuenta de los procesos que influyen en el surgimiento de identidades antagonistas o en los recursos que se movilizan dentro de la acción colectiva. Sin embargo, son menos los desarrollos teóricos que se proponen explícitamente indagar sobre el *impacto* que estas singularidades políticas tienen dentro de la configuración de poder en la que surgen: ¿se modifica el espacio político ante el surgimiento de estas identidades? Si lo hace ¿cómo se da esa transformación? El problema del *impacto* se torna difícil de formular en un momento en que los conceptos contenedores que daban cuenta de la sociedad como totalidad pasan a estar en un proceso de revisión y actualización: sociedad, estructura, sistema social. Sin una reflexión teórica sobre los procesos y mecanismos mediante los cuales se produce el *efecto de unidad* en sociedades altamente complejas y heterogéneas, la pregunta sobre el impacto cae irremediablemente en un vacío categorial.

Sin embargo, a medida que este proceso de revisión conceptual avanza y la investigación empírica aporta interesantes elementos sobre los cuales teorizar, van surgiendo perspectivas que permiten formular este problema de manera adecuada. En este sentido, este ensayo explorará el léxico del llamado *giro espacial* en la Teoría política (Soja: 1989, Harvey: 1998, Massey: 2001), buscando los elementos que nos permitan desarrollar lo hasta aquí planteado y que puede resumirse en tres preguntas vertebradoras: ¿Cómo abordar el tema de la unidad en condiciones de complejidad/multiplicidad? ¿Cómo se ejerce el poder en una sociedad que carece de un centro estructurador? ¿Qué conceptos pueden ayudarnos a hacer teóricamente visible el impacto de la singularidad política? El objetivo de esta exploración no será, por ahora, responder a plenitud estas preguntas, sino mostrar que esta plataforma conceptual permite formularlas, dándoles un sentido particular y una posible dirección de respuesta.

La cuestión de la unidad: el espacio como estructura relacional

Para comprender las posibilidades teóricas que abre la incorporación del léxico espacial en la Teoría política, es necesario atender a la ruptura epistemológica que significó dejar de entender al espacio como un objeto absoluto, para considerarlo una estructura relacional. Las bases de este cambio se encuentran en la discusión entre Newton y Leibniz en el siglo XVII (Warf: 2009). Mientras el primero afirmaba la existencia de un espacio absoluto, con una naturaleza propia y de carácter exterior a los

objetos y eventos que se desarrollan en él, el espacio que describía Leibniz estaba íntimamente ligado a las relaciones que los objetos establecen entre sí. Así por ejemplo, la *distancia* describiría una relación entre un punto A y un punto B y no el segmento de un espacio absoluto dónde estos dos puntos se encuentran.

El posterior desarrollo de este viraje interpretativo alimentaría, no sólo una nueva concepción de lo espacial, sino el surgimiento de una lógica que vendría a intentar solventar las interrogantes que pone sobre la mesa el descubrimiento de la naturaleza relacional del espacio. Una de estas preguntas estaría enfocada a pensar la forma aparentemente contradictoria que adquiriría la distinción entre multiplicidad y unidad en este marco interpretativo. En tanto estructura relacional, la *multiplicidad* es condición del espacio (Massey 2001 y 2009, Deleuze 1986 y 2002). Sin la posibilidad de trazar múltiples conexiones entre los objetos, el espacio no puede encontrar el sustrato relacional en el cual se afianza. De la misma manera, sin la posibilidad de conformarse como espacio, la multiplicidad sería inaprensible. El espacio tiene un efecto unificador sobre esta multiplicidad y también puede comportarse como un objeto. El espacio no sólo es una cualidad que emerge cuando un conjunto de elementos establecen múltiples relaciones, sino que su propia emergencia condiciona y es un dato que estas y futuras relaciones toman en cuenta. Como afirma Massey (2009), *espacio y multiplicidad* son mutuamente constitutivos.

La lógica relacional intenta desarrollar los lineamientos explicativos del cómo se establece la relación multiplicidad /unidad en la configuración de un espacio. Esta lógica ha sido bien recibida tanto por la Teoría social como la Teoría política,¹ pues se presenta como una alternativa ante las críticas al reduccionismo estructuralista de décadas pasadas (Murdoch, 2008). Esta reducción operaba adjudicando a ciertos componentes estructurales una eficacia ordenadora diferente al resto. Por lo contrario, desde la perspectiva relacional, la unidad es la resultante de una dinámica mucho más compleja. En un conjunto relacional, la posición de cada punto de la estructura es relativa a las relaciones que establece con el resto de las posiciones. No hay por tanto, un centro que actúe como referencia unívoca ni una posición que por su naturaleza sea capaz de estructurar al resto. Lo que encontramos en un conjunto relacional son conexiones y desconexiones que, al conjugarse, dan la apariencia de unidad. Es por ello

¹ Por ejemplo: E. Laclau y Ch. Mouffe (2005), B. Latour (2008)

que la unidad es un *efecto*. Es una propiedad que se le adjudica retrospectivamente a un conjunto de relaciones o patrones de respuesta que se han actualizado.

De esto se desprenden otras características de la interpretación relacional del espacio que pueden resultar interesantes para la Teoría política: su carácter dinámico y contingente. Al estar fincado en un conjunto estructurado por múltiples conexiones/interconexiones, para estabilizarse en el tiempo, el espacio necesita constantemente estar recreándose, verificando las relaciones que le dan forma, actualizándolas y con ello variando en algo cada vez que se ponen en juego.² Es precisamente este carácter abierto y dislocado del espacio el que lo hace tan sugerente para la Teoría política (Massey, 2001). A diferencia de la interpretación que veía al espacio como algo dado y estático, esta nueva versión nos muestra un espacio dinámico susceptible de práctica política.

Desde el punto de vista de la Teoría política, el problema de la unidad/multiplicidad, tal como lo plantea la interpretación relacional del espacio, abre la posibilidad de adoptar una perspectiva descentrada del fenómeno del poder en la sociedad moderna. No se trata ya de adjudicar a ciertas posiciones la capacidad de organizar un espacio político, sino de tratar al *poder* como una dimensión de atraviesa la totalidad del conjunto posicional: relacionando, estableciendo las proximidades y distancias que permiten que una multiplicidad de relaciones de fuerza se combine y de lugar a una configuración de poder. Como argumentaremos a continuación, es Foucault quién ofrece importantes elementos teóricos para pensar el poder de esta manera.

Configuraciones de poder: dos escalas diferentes

Para Michel Foucault la relación entre poder y espacio es bastante clara. En la última etapa de su trabajo, Foucault introduce una definición reticular del poder cuyo énfasis está en su capacidad para moldear y configurar un espacio relacional: “el poder, creo, debe analizarse como algo que circula o, mejor, como algo que sólo funciona en cadena (...) *el poder se ejerce en red*” (Foucault, 2002: 37-38). De este abordaje surge una matriz topológica que interpreta al poder en términos de las relaciones que

² El espacio así considerado señala también un tipo de temporalidad caracterizada por la *sucesión*. Esta forma está gobernada por la lógica causal que se desprende de la forma en que se configura un espacio relacional. La sucesión, el orden cronológico en el que los espacios articulados en una red entran en acción ante un evento, marca los patrones de respuesta normalizados dentro de un espacio. Para una discusión sobre la relación entre tiempo/historia/espacio/repetición ver Laclau (2001), Massey (2001)

establecen entre sí un conjunto de posiciones singulares atravesadas cada una por relaciones de fuerza relativamente autónomas.

Esta matriz topológica es recuperada y desarrollada por distintos autores del llamado *giro espacial* (Soja 1996, Murdoch 1980, Collier, 2009). Una de las claves de esta lectura es considerar al proyecto intelectual de Foucault como un continuo cuyo tema central es el problema del ejercicio del poder en las sociedades modernas. Según el argumento, en el desarrollo de sus obras, Foucault logra articular dos niveles de análisis diferentes: uno *local*, signado por los lugares físicos, los diseños arquitectónicos impregnados de poder que organizan la disposición de los cuerpos; otro *global*, compuesto por los diagramas de poder que enlazan los diferentes lugares particulares, permitiendo que el poder circule a través del espacio que va configurando en su recorrido (Deleuze 1986, Murdoch 1980, Collier 2009).

Cada una de estas escalas opera bajo una lógica radicalmente diferente. A nivel *local*, el poder funciona como fuerza centrípeta: aislando, encerrando, distinguiendo (Foucault, 2006:66-67). Esta escala se corresponde por lo tanto con la materialidad del poder y es dominada por la *lógica de constitución de lugares*, en donde el poder es ejercido localmente sobre los cuerpos/sujetos. Lo que encontramos en este nivel es una multiplicidad de relaciones de fuerza relativamente autónomas entre sí. Por ejemplo, la fábrica, el hogar, el hospital psiquiátrico se encuentra cada uno atravesado por distintas relaciones de subordinación que configuran su entorno material para cumplir sus funciones de poder.

En la escala *global* por el contrario, el poder se comporta como una fuerza centrífuga: expandiendo, conectando, circulando por las diferentes singularidades que conforman un todo social. A este nivel, las singularidades de la escala anterior establecen diferentes tipos de relaciones entre sí, dando lugar a *constelaciones de poder* que aglutinan y afectan a las puras singularidades: “regularizándolas, alineándolas, haciendo que las series converjan, trazando una línea de fuerza general” (Deleuze, 1986: 108). El poder va diagramando así un espacio político que actualiza estas relaciones de fuerza singulares que va conectando.

De ahí que para Deleuze “las formaciones y transformaciones de esos espacios plantean, ya lo veremos, problemas topológicos”, es decir, problemas de interconexión, reconfiguración, alineamiento y jerarquización que se dan entre múltiples posiciones y

cuya constante actualización e interacción permite que surja un *espacio de espacios*. El poder es por lo tanto, diagramático: “es la presentación de las relaciones de fuerzas propias de una formación; la distribución de los poderes de afectar y de los poderes de ser afectado; la mezcla de las puras funciones no formalizadas y de las puras materias no formadas (...) una distribución de singularidades” (Deleuze, 1986:102).

La sociedad es interpretada entonces como una compleja y dinámica cartografía de poder conformada por “innumerables puntos de enfrentamiento, núcleos de inestabilidad cada uno de los cuales implica sus riesgos de conflicto, de luchas, y de inversión al menos transitoria de las relaciones de fuerza” (Foucault citado por Deleuze, 1986:51). En esta cartografía *todo adentro es también un afuera* respecto a diagramas que se entrecruzan y que contaminan los lugares por los que circula el poder: “un diagrama es un mapa, o más bien una superposición de mapas” (Deleuze, 1986:70).

En resumen, el funcionalismo de Foucault se corresponde con una topología moderna que ya no asigna un lugar privilegiado como origen del poder, que ya no puede aceptar una localización puntual (lo que supone una concepción del espacio social tan nueva como la de los espacios físicos y matemáticos actuales, como ya sucedía en el caso de la continuidad). *Se señalará que «local» tiene dos sentidos muy diferentes: el poder es local puesto que nunca es global, pero no es local o localizable puesto que es difuso*³ (Deleuze, 1986:52).

La perspectiva relacional, así como la aproximación reticular del poder que hemos explorado hasta aquí, permiten interpretar al *espacio político* no sólo como el escenario o contexto en el que opera la práctica política sino como el destinatario mismo de la lucha política. La capacidad de transformar y moldear las relaciones de fuerza que es inherente a todo proceso conflictual, hace que todo antagonismo pueda verse como parte de la dinámica que establece un espacio político y por lo tanto, analizarse en este tenor. De esta manera, contamos con una perspectiva que, centrándose en la unidad de poder que supone un todo social, permite insertar estas manifestaciones de lucha política en parámetros relacionales a través de los cuales es posible rastrear las conexiones/desconexiones que se ponen en cuestión en cada caso. Esto supone, como a continuación veremos, una definición particular de la lucha política.

³ Cursivas mías.

Antagonismo y espacio político

La categoría general de *espacio político* surge así como una plataforma conceptual idónea para indagar sobre el impacto que los diferentes procesos de lucha política tienen en la distribución de poder en la que están inscritos. Esto no implica subordinar los procesos conflictuales a una necesidad o lógica estructural sino entenderlos como parte de un espacio relacional conformado por múltiples conexiones que condicionan la forma en que se distribuye el poder en una sociedad concreta. En este sentido, no hay un *afuera* del espacio político. Todo proceso conflictual se desarrolla en la yuxtaposición de diferentes cartografías de poder de carácter dinámico y abierto. Evidentemente, esto supone operar en la tensión entre poder y resistencia.

El carácter contingente de toda estructura de poder implica que la asignación de posiciones que marca una distribución de poder nunca coincida plenamente con la experiencia subjetiva que se desarrolla en cada uno de estos espacios. Este insalvable desfase en el que se mueve la experiencia de subordinación, aporta los márgenes de libertad necesarios para la producción de antagonismos dentro de un espacio político. De esta manera, los múltiples espacios que distribuye una estructura de poder se convierten en potenciales escenarios de disputa política. Esto nos lleva a pensar en el antagonismo como una impugnación y cuestionamiento de las relaciones que definen de tal o cual posición de subordinación y por lo tanto, como un *límite* insuperable en la configuración de todo espacio relacional.

Es por ello que el antagonismo tiene un potencial reordenador del espacio político. Al operar sobre los vínculos (distancias/proximidades) que relacionan los lugares particulares de subordinación con su ubicación dentro de un conjunto social, todo antagonismo supone un corrimiento, una interrupción de los enlaces en los que el poder circula en un cuerpo formado. El antagonismo, por lo tanto, puede entenderse como un proceso que atraviesa las dos escalas de poder que hemos mencionado. Por un lado, las condiciones materiales en la que se ejerce el poder localmente, es decir, las relaciones de subordinación experimentadas subjetivamente. Por otro lado -la segunda escala-, las relaciones que estas subordinaciones establecen con otros espacios y que define la posición particular que se ocupa dentro de una topología social.

La lucha política sintetiza entonces la relación multiplicidad/unidad que hemos descrito anteriormente. La práctica política antagonista genera un conocimiento que

permite establecer las continuidades y discontinuidades que conforman un espacio político, así como el contenido concreto que determina una posición singular dentro de un conjunto relacional. Desde la óptica de la investigación empírica, es decir, de las posibilidades analíticas que aloja este conjunto de conceptos y premisas teóricas, esto significa que los múltiples antagonismos singulares son *datos* que de primera mano – desde la práctica política- ofrecen información valiosa sobre la configuración de poder de una sociedad determinada. En este sentido, estudiar la resistencia es también estudiar el poder. O en otras palabras, atendiendo a las relaciones que cuestiona una singularidad política, podemos aproximarnos a la forma en que una sociedad se organiza políticamente.

Como procedimiento analítico, no se trata entonces de clarificar el contexto para después describir o explicar las experiencias de lucha singulares que se desarrollan ahí; por el contrario, se parte del supuesto de que la propia singularidad ya es una elaboración del contexto. El contexto ya está inscripto en los datos que ofrece la producción de un antagonismo. Se trata por lo tanto, de organizar esquemáticamente el conocimiento práctico que se está generando desde el punto de vista de los sujetos, para darle una profundidad y una coherencia teórica. Es en este sentido que la Teoría debe colaborar y ofrecer herramientas en la conformación de estas nuevas cartografías que se hacen tan necesarias para la vida política contemporánea. La lucha política puede verse como una *práctica cartográfica* en tanto que, en su proceder, señala los clivajes de poder que sostienen una posición subordinada, habilitando un rastreo sobre múltiples relaciones de fuerza que entran en juego.

Conclusiones: la construcción de un objeto de estudio

La revisión de algunas de las premisas generales que subyacen a la reflexión sobre el *espacio* en la Teoría política, nos ha permitido marcar ciertas pautas de respuesta para afrontar las preguntas que hemos formulado en la introducción. La perspectiva relacional nos lleva a considerar al espacio político como una compleja articulación de redes de poder cuya unidad deriva del conjunto de interacciones sedimentadas que constantemente se están actualizando. El espacio político así entendido se convierte en un marco interpretativo que permite *ubicar* la multiplicidad de espacios singulares que conforman a las sociedades contemporáneas, tomando como parámetro de referencia las relaciones específicas que soportan tal o cual posición.

El antagonismo, como operador analítico, se convierte en un indicador que nos permite visibilizar las relaciones de poder que configuran una posición dentro de una topología de poder. La emergencia de antagonismos genera un repertorio de elementos que pueden ser recuperados como referencias posicionales a través de las cuales podemos acceder a la forma en que se configura un espacio político. Las demandas, los argumentos, las distancias y proximidades en términos de distinciones amigo/enemigo, así como los clivajes de poder que son señalados desde la producción discursiva de un antagonismo, pueden analizarse en este tenor. Contamos así con un conocimiento práctico que, desde la perspectiva de los sujetos involucrados, ofrece las coordenadas del poder que determinan un espacio político.

De esta manera, la problemática que para la Teoría política significa una dinámica política múltiple y compleja como la que describíamos en la introducción, encuentra en el léxico espacial una posible alternativa de respuesta. Es precisamente abordando este problema como un déficit de ubicación producto del cuestionamiento de los grandes conceptos contenedores de la política moderna, que la perspectiva espacial puede ofrecer algunas categorías que permiten situar las distintas manifestaciones políticas singulares parciales y fragmentarias en relaciones de poder que atraviesan un todo social.

Teniendo como base esta plataforma teórica surgen otras preguntas que es preciso tener en cuenta. ¿De qué manera las distintas singularidades entran en relación unas con otras? ¿Cuáles son esas estrategias y discursos que, desde la práctica antagonista, permiten abordar a la sociedad como un todo? ¿Qué papel tienen ahí las distintas tradiciones de lucha política? ¿Con que categorías es posible analizar la tensión constitutiva entre estrategias de dominación y prácticas de resistencia? Interpretando al todo social como un amplio y complejo *espacio de lucha*, podemos problematizar estas cuestiones y con ello esclarecer un poco más sobre la dinámica política contemporánea.

Bibliografía

- ALLEN, John Allen (2004): “The Whereabouts of Power: Politics, Government and Space en *Geografiska Annaler*”, *Human Geography*, Vol. 86, n° 1, pp. 19-32
- ALLEN, John and COCHRANE, Allan (2010): “Assemblages of State Power: Topological Shifts in the Organization of Government and Politics”, *Antipode*, Vol. 42, n° 5, pp. 1071–1089.

- COLLIER, J. Stephen (2009): “Topologies of power: Foucault’s Analysis of Political Government beyond ‘Governmentality’”, *Theory Culture Society*, n° 26, pp. 78-108.
- DELEUZE, Gilles (1986): *Foucault*, España, Paidós.
- FOUCAULT, Michel (2006): *Seguridad, Territorio, Población*, Buenos Aires, Argentina.
- (2002): *Defender la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HARVEY, David (1998): *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- HOWARTH, David (2006): “Space, Subjectivity, and Politics”, *Alternatives*, n° 31, Center for Study of Developing Societies, pp. 105–134
- LACLAU, Ernesto (2000): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (2005): *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LATOUR, Bruno (2008): *Re-ensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Editorial Manantial.
- (2001): *Space, Place, and Gender*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- MASSEY, Doreen (2009): “Concepts of space and power in theory and in political practice”, *Documents d’anàlisi geogràfica*, Universitat Autònoma de Barcelona.
- MURDOCH, Jonathan (2008): *Post-structuralist geography, a guide to relational space*, London, SAGE Publications.
- (1980) “The Socio-Spatial Dialectic”, *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 70, n° 2 pp.207-225.
- SOJA, Edward W. (1989): *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, London, Verso Press.
- WARF Barney and ARIAS, Santa (2009): *The Spatial Turn, Interdisciplinary perspectives*, London-New York, Routledge.

Recibido: 29/12/2011. Aceptado: 30/08/2012